HARLEQUIN™



Jina Bacarr

Placer Oriental

Encontró el placer en brazos de un samurái

Fuego™ especial

Fuego™ especial

Jina Bacarr

Placer Oriental

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2010 Jina Bacarr. Todos los derechos reservados.
PLACER ORIENTAL, Nº 16 - agosto 2010
Título original: The Blonde Samurai
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8896-7
Editor responsable: Luis Pugni



Prólogo

San Francisco
15 de septiembre de 1876

No es fácil para mí responder a los rumores que circulan por los elegantes salones de Londres desde que volví a Inglaterra. Las malas lenguas hablan de noches salvajes en las que no uno sino dos hombres satisfacen mis deseos más lujuriosos, de misteriosos juguetes para saciar la avidez orgásmica, de chicas atadas y azotadas en sus nalgas desnudas. ¿Participé en esas orgías eróticas o únicamente son las fantasías de un escritor calenturiento que pretende hacerse rico?

Serás tú quien lo juzgue, mi querida lectora, si decides leer las páginas cargadas de erotismo salvaje que te están aguardando. Lo que no tiene vuelta de hoja es que huí de mi marido y desaparecí. Algunos dicen que me volví loca y fui internada en un manicomio. Otros opinan que ingresé en un convento.

Nada de eso es cierto, pero el revuelo que provoqué bastó para sacudir los pilares de sobriedad y decoro que sustentan la clase alta de nuestra respetable e hipócrita sociedad, y para generar un intenso debate sobre lo que suponía mi escandaloso comportamiento y lo que debería hacerse al respecto.

Lo que debería hacerse…. Como si fueran ellos los que controlaran a las clases inferiores. Jamás me he regido por tales reglas y ésa es otra razón por la que se me excluye socialmente. Quizá a ti también te escandalice, pero voy a empezar mi historia con una confesión que tal vez te lleve a pensar que los rumores sobre mí son ciertos. Es innegable que yo, americana de sangre irlandesa, llegué a Londres en el verano de 1872 con la intención de buscar un marido con un título nobiliario. Mi aspecto era tan soso como descaradas eran mis opiniones, aunque por razones que explicaré más tarde fui cortejada y desposada por un pretendiente digno y respetable. Sin embargo, el primer hombre que compartió mi lecho tras la noche de bodas no fue mi marido, ni el tuyo, sino uno de los hombres más enigmáticos y escurridizos de todo Japón. Un samurái.

Se llamaba Shintaro.

Nunca olvidaré el momento en el que el alto y fuerte samurái irrumpió en mi habitación, llenando la estancia con su arrebatadora presencia, haciendo crujir el suelo de madera con su poderosa pisada, dirigiéndose a mí con su voz melódica y profunda para hablarme en su lengua nativa de flores, cascadas y dioses como si fuera un poeta que nos conectara mediante la armonía y alquimia de las palabras. El deseo que me invadía era tan intenso que apenas podía respirar. Deseaba a aquel hombre por encima de todo. Fuerte e implacable como el viento que acaricia las hojas de una vid al sol de la mañana, in-

citándola a abrirse y entregarle sus sueños más secretos.

Shintaro albergaba una gran pasión por todo lo artístico y refinado, como la sensual elegancia de las xilografías eróticas. Se deleitó en enseñarme hasta el último detalle los actos sexuales que representaban aquellas imágenes grabadas en madera, aunque como miembro de una casta militar también albergaba un sentido del honor y lealtad por el que estaría dispuesto a entregar su vida sin dudarlo, así como una disposición para hacerme el amor con el mismo ardor guerrero. Cuando estaba con él me sentía tan ligera como la flor de un cerezo flotando en el aire, cuya fragancia pura y exquisita perfumaba nuestra unión con una inocencia sin traicioneras espinas bajo sus pétalos, como la rosa inglesa.

Entonces acaeció una horrible tragedia y me vi obligada a abandonar Japón y regresar a Inglaterra, donde me esperaba el cruel recibimiento de una sociedad cerrada y hostil. Pero de haber sabido que iba a enfrentarme al desprecio y la burla lo habría hecho igual, porque estoy destinada a escribir mis experiencias tan fielmente como las viví y conseguir que tu respuesta trascienda los límites de esta lectura. Tengo la esperanza de que descubras otra parte de ti misma como yo misma hice y sucumbas a la tentación de desviarte de los cánones establecidos, así como de un ideal romántico y vacío, para disfrutar como nunca has disfrutado con tu marido… o con cualquier hombre que te lleves a la cama.

Para facilitarte la tarea, he escrito mis aventuras como una novela erótica. Lo he decidido así por un famoso incidente que tuvo lugar el 25 de abril de 1876 en la mansión londinense del vizconde Aubrey. Allí se celebraba una animada velada hasta que hice mi entrada en el salón y todas las cabezas se gi-

raron hacia mí con expresiones curiosas, inquisidoras e incluso envidiosas, por esas historias que me habían precedido sobre mi experto y misterioso amante samurái. La noticia de mi llegada se difundió rápidamente entre las santurronas damas de Mayfair, y nadie podía apartar la vista del vestido, las joyas y la execrable figura que había osado abandonar a su marido y buscar su sitio entre los samuráis. Para la aristocracia británica no había un pecado mayor.

No quiero estropear la historia por si acaso nada sabes de aquel escándalo que apareció en todos los periódicos. Basta con decir que he respetado el anonimato de aquéllos de vosotros que vivís en Londres y que ninguna culpa tenéis en el asunto. Y aunque la clase alta está fielmente representada en estas páginas, todos los nombres han sido cambiados. Es una historia muy escabrosa, mi querida lectora, y está repleta de palabras y expresiones comúnmente empleadas por el sexo masculino. Antes de empezar, quizá quieras sacar del bolso tus sales olorosas. Te aseguro que vas a necesitarlas.

Mañana partiré de San Francisco para Yokohama a bordo del SS Oceanic. Cuando estés leyendo estas páginas yo ya estaré en casa, porque mi único hogar se encuentra ahora en Japón. Allí he conocido la alegría de un amor apasionado, el dolor por una gran pérdida y la importancia del deber si se quiere sobrevivir. Cuento los segundos hasta llegar a mi destino, pero antes debo enviar estas últimas páginas a mi abogado en Londres, el señor Robert A. Brown, para que éste se las entregue a mi editor. Le estoy profundamente agradecida por haberme animado a escribir mi historia, por su apoyo incondicional durante los largos meses en los que el relato tomaba forma y por haberme ayudado a firmar un contrato con la mejor editorial de Londres. Dentro de poco

tendrás este libro en tus manos, y entonces te tocará decidir a ti su destino. Sé que estás impaciente por vivir mis aventuras con mi apuesto samurái, pero primero he de remontarme a mi noche de bodas y contar cómo empezó todo. Sólo así podrás comprender el trasfondo de esta historia, ya sea sensual, provocador o trágico.

Si al llegar al final de mi historia crees en la sinceridad de mis palabras, entonces habré triunfado en mi propósito. Shintaro no sólo vivirá en estas páginas, sino también en tu corazón, como siempre vivirá en el mío.

Lady Carlton, de nacimiento Katie O'Roarke



1

Mayfair, Londres
26 de agosto de 1872

Mi extraordinario viaje por la senda del guerrero comenzó en una elegante mansión de Mayfair.

En mi noche de bodas.

Fue un evento típico de la alta sociedad londinense, repleto de invitaciones, flores y regalos caros. Una diadema de diamantes coronaba mi cabeza, atiborrada con tantas piedras preciosas que el cuello me crujía al intentar imitar la elegancia de un cisne cuando no era más que una oca yanqui. ¿He dicho ya que teníamos a un obispo entre el clero que presidía la ceremonia?

Imagino tu frustración al leer estas primeras líneas y cómo te dispones a abandonar su lectura antes de que lleguemos a las mágicas tierras de Oriente. Seguramente te parezcan las recatadas divagaciones de una joven esposa que se acuesta en-

vuelta en sus fantasías mientras su marido hace lo propio con su amante. Pues déjame decirte que no es así. Al renunciar a una vida de privilegios y buen gusto para abrazar el camino del guerrero me sumergí en un mundo de fuego y pasión como nunca hubiera soñado. Cabalgué sobre el viento para encontrarme con los dioses, blandiendo mi pesada espada de acero bajo la lluvia, con una daga alojada entre mis pechos, junto al corazón. Sólo por recordarlo siento que me hierve la sangre en las venas. Tengo que contener mi excitación y atenerme al relato de lo ocurrido en mi noche de bodas, cuando fue un instrumento muy distinto el que me hizo gemir de dolor. Un objeto suave y desgastado, sin la afilada punta de una espada, pero que deja una marca igualmente definida en la piel.

Una fusta negra.

Nunca olvidaré lo que debería haber sido una noche de magia romántica, besos de miel y suspiros de amor. Mi horror fue mayúsculo al ver a mi marido subiendo las escaleras tras una voluptuosa pelirroja a la que azotaba su rollizo trasero. Corrí a esconderme en un armario de teca que olía a whisky, rapé y moho, sintiendo cómo un extraño deseo despertaba en mi interior y me acuciaba a descubrir aquel mundo desconocido que tanto me inquietaba y excitaba.

¿Mis confesiones te escandalizan? ¿Te ofenden? ¿Quizá me ves como una joven de buena familia, tímida y recatada? Me siento orgullosa de mis raíces irlandesas y americanas, aunque mi temperamento sea frecuentemente censurado por esas arpías relamidas que sufren los males crónicos de una sociedad esnob e hipócrita. No me quitan ni me quitarán el sueño. Me importan un bledo sus funciones sociales en las que unas debutantes estiradas menean

sus polisones mientras mantienen a raya a sus pretendientes. Yo crecí montando a pelo, dejándome la piel en el campo, hundiendo mis manos agrietadas en la tierra mojada para llevarnos algo a la boca antes de que mi padre hiciera su fortuna.

Vengo de una familia trabajadora y temerosa de Dios, y nunca se me pasó por la cabeza que viviría en una mansión. Pero aquí estoy. Katie, la hija de Thomas O'Roarke, escondida y con la respiración contenida mientras contempla la tentadora escena que se desarrolla ante ella en esta elegante residencia de Mayfair. No era ésta la idea que tenía de la vida conyugal cuando asistía a la escuela de la señorita Hermione Tuttle para convertirme en una dama. Quería complacer a mi madre, cuyo máximo deseo era que una de sus hijas tuviera un buen matrimonio, de modo que me especialicé en las artes de la costura, el cotilleo, las notas perfumadas, el canto y el dibujo. Fruslerías, tal vez, pero muy necesarias para el arsenal femenino de una chica que había alcanzado el estatus de los *nouveau riche*, los nuevos ricos. Día tras día la señorita Tuttle lamentaba mi naturaleza locuaz y esa insaciable curiosidad que me hacía cuestionarlo todo. Pronto descubriría que no eran las mejores virtudes para una chica nacida en una casa de madera de Pensilvania, con más cerebro que busto y que no podía separar sus sueños de sus verdaderos sentimientos. No era extraño que una chica así fuera rechazada por todos los solteros que obtenían el visto bueno de las matronas de la Knickerbocker Society.

Pero fue mi querida madre quien se propuso sacarles partido a todas mis institutrices y costureras y me embarcó rumbo a Londres con el único objetivo de encontrar marido. Les hizo ver a mis pretendientes que nos sobraba el dinero, lo cual era cierto. Mi

padre es un magnate del ferrocarril, un hombre que se ha hecho a sí mismo a base de esfuerzo y voluntad aun careciendo de estudios. Es un padre maravilloso, y siempre me anima a exponer mis opiniones y preguntar por todo. «Mi pequeña Katie, no conozco a ningún hombre que sea más combativo que tú», me dice siempre que discutimos sobre política. Pero por lo demás no tengo sangre azul ni títulos nobiliarios que me ayuden a perseguir mis sueños. A menudo me pregunto qué será de mí. Los irlandeses tenemos que conformarnos con los trabajos más indeseables, como ser actores o, peor aún, escritores. Los dioses nos han otorgado el don de la palabra y yo no soy ninguna excepción, y aunque mi elocuencia me haya reportado más sinsabores que recompensas, nunca puedo mantener la boca cerrada. Hablo sin pensar, hago mis observaciones con un ingenio agudo y sarcástico y no siempre con tacto.

No es extraño que los hombres huyeran al conocerme y que mi madre perdiera la fe en verme casada. No había agua perfumada capaz de quitar el olor a caballos y heno de una chica que cruzó el Atlántico para buscar un marido en la aristocracia británica. Mi madre tuvo que escuchar con gran consternación las quejas de los pretendientes londinenses sobre mis descarados comentarios y mi incontenible urgencia para expresar mis opiniones. Una y otra vez me reprendía por mi descaro y me recordaba que los hombres estaban más interesados en el cuerpo de una chica que en su ingenio y retórica. Pero ahí tampoco podía aspirar a nada. Era más alta que las chicas inglesas que desfilaban por los salones. Tan delgadas y frágiles como muñecas de papel, todas parecían cortadas por el mismo patrón. Yo soy rubia, de ojos azules, estoy bien formada y tengo cintura, aunque mis caderas se parecen más a las de un chico.

Entonces las fuerzas de la naturaleza y del dinero conjuraron para provocar un giro en el destino y me encontré con una proposición de matrimonio. Como era costumbre en este tipo de compromisos fulminantes, llegué al altar sin saber nada de mi futuro marido, salvo que tenía un título y un modo de mirarme que me hacía arder de deseo.

Mi ansia de romanticismo resultó ser mi perdición cuando permití que me cortejara este aristócrata pervertido con su melena negra y una ligera cojera. Su torso era recio y musculoso, llevaba la cabeza tan alta como su ego, y tenía un hoyuelo en la barbilla que se acentuaba al cerrar los labios. Lord James Carlton era tan apuesto como un príncipe de la realeza y era consciente de ello, pero su encanto y refinamiento ocultaban una faceta mucho más oscura y depravada de la que yo nada sabía cuando acepté su apresurada propuesta. Intentando ocultar mi sorpresa así como mi placer infantil, me imaginé que me enamoraba de él sin comprender que lo único que sentía era un simple capricho. Al fin al cabo, ¿qué sabía yo del amor? Nada. Lo que no sabía me lo inventaba en forma de historias románticas sobre alguna heroína idealizada.

Y de repente me veía ante una exposición de piel desnuda, unos pechos perfectos y unas nalgas redondeadas con los que Dios cubría la lujuria del diablo. No puedo explicarte las emociones que se desataron en mi interior. Sólo tenía diecinueve años, y lo único que sabía de las relaciones entre un hombre y una mujer era lo que había leído en los libros, cuyas salaces descripciones no podían reflejar ni de lejos la escena que se desarrollaba ante mis ojos. No podía apartar la vista de las nalgas de la chica, atravesadas por marcas rojas. Un deseo salvaje y del todo inesperado brotó en lo más pro-

fundo de mi ser, como si mi lado más oscuro estuviera disfrutando con la contemplación de aquellos azotes. Nunca había imaginado que un objeto tan inocente pudiera inducir una mueca de placer semejante en el rostro de una joven. Con los ojos cerrados, los labios entreabiertos, la mandíbula tensa, la cabeza hacia atrás y la melena pelirroja agitándose sobre sus hombros desnudos, la expresión de la chica sólo podría describirse como… angelical. Los azotes de la fusta expiaban los pecados de su alma y la chica ascendía a los cielos en un estado de éxtasis espiritual.

«Dios te salve, María, llena eres de gracia…».

Cuánto envidiaba la libertad con la que la chica aceptaba su lado más perverso, algo que yo no me atrevía a hacer. Por mucho que me enorgulleciera de mi independencia y mis opiniones modernas sobre el lugar de una mujer en la sociedad, era lady Carlton, esposa de lord James Carlton de Braystone House, una gigantesca mansión de piedra del siglo XV localizada en algún lugar de las Midlands y del todo desconocida para mí.

Tan desconocida como aquella faceta de mi marido.

Una risa maliciosa se escapó de mis labios. ¿Quién hubiera imaginado que a su señoría le gustaría usar una fusta para obtener placer?

Yo apenas había tenido tiempo para acostumbrarme a él y a mi nueva vida en la nobleza, pero la depravación que estaba presenciando desde el armario me robaba el aliento y despertaba una emoción completamente desconocida para mí. Una sensación inquietante y a la vez irresistible que me hizo llevar los dedos a la entrepierna y aspirar el intenso olor almizclado que los impregnó. Sonreí y lo acepté como una señal de que estaba lista para per-

der mi virginidad. Me arrebujé con mi chal y al hacerlo removí una nube de polvo en el armario. Mi ego era tan delicado como las motas de polvo que se deshacían bajo mis pies desnudos. Estaba claro que mi marido no tenía el menor interés en su esposa virgen y había preferido algo más suculento e impúdico. Horas antes me había envuelto con seda color melocotón y elegantes cintas y le había ordenado a la criada que aflojara las ataduras de mi corsé de noche, me quitara las medias blancas e intentara hacer lo mismo con las constricciones de mi rígida educación. Estaba decidida a disfrutar de mi noche de bodas y a pedirle a mi marido que buscara los lugares más sensibles de mi cuerpo. Pero en aquel momento no sabía qué hacer ni qué decir. Tenía la boca seca y la mirada fija en el decadente espectáculo que se desarrollaba en una elegante mansión de cinco pisos situada en el distrito londinense de Mayfair, cerca de Berckeley Square. Recuerdo lo impresionada que me quedé al ver el escudo de armas sobre la verja, casi oculto por la frondosa vegetación que rodeaba la mansión, al igual que la lujuria y la perversión de sus habitantes.

Sin apenas espacio, seguí observando cómo mi marido blandía la fusta con destreza y precisión. Sus azotes estaban perfectamente calculados para arrancar gritos de placer y acuciantes gemidos a la voluntaria depositaria de su castigo, lo que sugería que lord Carlton estaba más que familiarizado con las nalgas de la chica y con los rápidos y constantes restallidos de aquel ordinario instrumento de cuero.

No, no había nada de ordinario allí. No sólo se trataba de cuerpos desnudos y pasión salvaje. Lo que estaba viendo era a un hombre que por encima de todo ansiaba el poder, la conquista y la domina-

ción. Me sentía irrefrenablemente atraída por una personalidad semejante, pues por aquel entonces yo era demasiado inocente para poder apreciar su verdadera naturaleza, y no podía sospechar que su maldad acabaría echándome del mundo que siempre había conocido y llevándome a un lugar donde las campanas de los templos anunciaban el cambio en la dirección del viento, donde los monjes entonaban cánticos para expulsar a los demonios y donde el eco de una voz masculina reverberaba en un valle escondido y me invitaba a volver a casa.

Como verás, me resulta difícil abstraerme de mi experiencia en el Lejano Oriente. Pero debo hacerlo, porque es muy importante que entiendas lo que pasó aquella noche de bodas y por qué emprendí mi viaje a tierras niponas. Pensamientos descabellados me asaltaban sin tregua, y una voz interior me acuciaba a seguir mirando, a escuchar los rápidos y constantes restallidos de la fusta, a suspirar en silencio…

No podía desviar la mirada.

Sentía las mismas convulsiones que sacudían mi cuerpo al cabalgar por los bosques a lomos de mi yegua, incapaz de resistir la oleada de placer que me recorría por dentro. Supongo que debía de tener los ojos muy abiertos, una media sonrisa curvando mis labios temblorosos y una expresión de sobrecogimiento y perplejidad por lo húmeda que estaba al presenciar algo así.

Muy húmeda… Sí, algo palpitaba entre mis piernas, como me había pasado en más de una ocasión cuando estaba junto a lord Carlton, James, como él insistía en que lo llamara. Cuando nos conocimos, mi madre lo alabó exageradamente por ser el hijo de un duque, pero luego lo rechazó al descubrir que no era el primogénito. No fue hasta que su se-

ñoría le habló de sus negocios cuando mi madre convenció a mi padre de que era un buen pretendiente. Yo aún no tenía ni idea de que el matrimonio fuera a ser una aventura trascendental que me haría ver lo improductiva que era mi vida sin un arado que la roturase y la abonara.

Pero en aquel momento, escondida en un armario como una muñeca de trapo, sólo podía pensar en lo que mi marido le estaba haciendo a la bonita pelirroja de rollizas nalgas y en lo que ella estaba disfrutando.

«Esto no es un espectáculo para una chica decente», podía oír a mi madre. «No mires, Katie. Cierra los ojos antes de que el diablo se lleve tu alma».

Pero ya se la había llevado. Y mi cuerpo se quedaba en lo que parecía una sala de tortura a juzgar por los instrumentos que vi desperdigados por el suelo, la mesa y los bancos acolchados. Vi palas de madera, cepillos espinosos, látigos de nueve colas, correas de cuero y grilletes sujetos a vigas de madera, una capucha negra, una mecedora de respaldo alto, incluso ramas de abedul erguidas en un jarrón de porcelana con agua para mantenerse verdes y flexibles. Había leído sobre esas cosas, pero nunca había sentido curiosidad por verlas. Y se me ocurrió que una mujer deseosa de recibir azotes, latigazos, pellizcos y tirones sería feliz en aquella habitación.

La idea me horrorizó y me hizo abrir los ojos como platos. Intenté tragar saliva, pero la lucha interna que libraba contra mis pensamientos y emociones me atenazaba los músculos del cuello y casi no podía respirar. La idea de que mi marido fuese un maestro en las artes del sadismo alteró por completo mi percepción sobre el matrimonio y la unión carnal de la pareja.

¿Azotaría mi trasero desnudo con aquella fusta de cuero?

No, jamás osaría tomarse tantas libertades. Yo era su novia, no una mujer de la calle o una criada a la que gustara someterse al juego de la flagelación.

¿Sería aquello de lo que oía hablar a las dos criadas cuando pasaba junto a este antro de lascivia y perversión? Lucie y Campbell, ambas con sus uniformes negros y sus cofias blancas, nunca ocultaban la curiosidad que yo les provocaba. Parecían fascinadas con mi estilo norteamericano, mis vestidos de París y con los cabellos que los largos paseos a lomos de mi yegua bajo el sol habían teñido de oro pálido; y las pisadas de sus botas resonaban por toda la casa mientras preparaban nuestras habitaciones para esta noche…

Yo no me involucraba en los asuntos domésticos de la casa, pero las había oído hablar sobre una noche de lujuria en la que a su señoría tal vez le apeteciera «montar a una pelandusca antes de visitar a la señora». Cuando las sorprendí y les pregunté qué era una pelandusca, Lucie, la más joven de las dos, reveló que se trataba de una prostituta de los barrios bajos. Campbell, la mayor, la reprendió severamente y la echó de allí. Me pidió disculpas por la insolencia de la chica, insistiendo en que era una muchacha de campo que no sabía lo que decía, y me ayudó a asearme sin darme más explicaciones. Yo fingí que me olvidaba del asunto, pues la criada estaba convencida de que mis expectativas para la noche de bodas no iban más allá de un intercambio de susurros y roces en la oscuridad del lecho nupcial, y no me atrevía a desmentir ese concepto puritano e inocente que nada tenía que ver con mi secreto.

El secreto que había descubierto en la biblioteca.

Mientras mi madre perdía los nervios con mi vestido de novia de House of Worth, con los preparativos de la boda en St. Peter's Eaton Square y con la prensa cubriendo todos mis pasos, yo anhelaba una lectura distinta a las revistas de modas como *English Lady* o las guías domésticas que mi madre insistía en que aprendiera. Quería sumergirme en una literatura más sustanciosa, pero no sospechaba lo que iba a encontrar en la biblioteca. La sala me agradó notablemente con sus entrepaños de madera, sus pinturas al óleo, sus sillones de cuero y sus arañas de cristal veneciano. Y mi satisfacción aumentó al descubrir que el dueño de la casa poseía una interesante colección de libros raros… Muy raros.

Me escondí varios tomos bajo la falda y me los llevé a mi habitación, donde me sumergí de lleno en los ejemplares ajados, con las esquinas dobladas, manchas de coñac y quemaduras de cigarros, del *Decálogo del placer, Perlas de lujuria* y *Una noche en St. John's Wood*. Mis delicados zapatos de piel habían hollado el refugio sagrado de un caballero donde nunca antes había entrado una mujer, y no iba a ser la primera vez que dejase mis huellas en el reluciente suelo de la biblioteca. Desbordada por la curiosidad y la fascinación, aspiraba la literatura erótica como si fuera un perfume embriagador que abriese la puerta al mundo secreto de este caballero inglés.

Lord Penmore.

Era su casa donde mi madre y yo residíamos, y era su biblioteca.

Después de anunciar nuestro compromiso, James había insistido en que mi madre y yo nos instaláramos en la residencia del West End propiedad de un amigo y socio suyo, que estaba en viaje de negocios

en Japón. Además de la biblioteca, descubrí un fajo de cartas escritas por lord Penmore a mi marido en las que relataba sus visitas a Yoshiwara, un barrio de Tokio de no muy buena reputación donde la gente comía y reía en la calle, donde se oía el incesante rasgueo melódico de los instrumentos de cuerda y donde las jóvenes ataviadas con kimonos blancos de seda tentaban al visitante con sus dulces sonrisas y cuerpos esbeltos. Lord Penmore también escribía sobre los altercados que protagonizaban unos guerreros a los que se refería como «samuráis». Según lord Penmore, estos soldados fornidos, pendencieros y bebedores, desenvainaban sus espadas al primero que se atreviera a ofenderlos. No voy a corroborar ni a desmentir sus palabras, porque un exceso de información podría suscitar tu incredulidad y hacer que devolvieras este libro a la tienda donde lo compraste.

Volví a la lectura de mis libros y me perdí en los escabrosos detalles de las cortesanas y nobles franceses ejecutando una práctica conocida como *soixante-neuf*. El sesenta y nueve. Tenía la esperanza de probar aquella suculenta postura con mi marido, con su verga al alcance de mis labios mientras su boca se saciaba con el dulce jugo de mi sexo. Las palabras se quedaban impregnadas en mi cabeza igual que el rocío de la mañana se posa en los pétalos de una flor sedienta, y no me paraba a pensar que mi cuerpo aún no había florecido bajo el tacto de un hombre. Poco faltaba para ello, pues en aquella elegante mansión del West End pasaríamos nuestra primera semana como recién casados antes de empezar nuestra luna de miel en París.

Podrás entender por qué sonreí cuando, después de la boda, mi madre me besó en las mejillas y me susurró al oído que podía aflojarme el corsé, pero

que de ninguna manera se me ocurriera quitármelo. Y también me aseguró en un tono tranquilo y maternal que si me quedaba muy quieta y muy callada, todo pasaría enseguida.

Mi padre no me dijo nada, pero la adusta expresión de su rostro me inquietó. No parecía aceptar la idea de que su hija fuese una mujer casada y se sometiera a los caprichos eróticos de su marido. ¿Qué diría si supiera que el respetable lord Carlton sentía una especial predilección por las fustas de cuero y los traseros carnosos?

Devolví la atención a la escena que tenía lugar ante mis ojos, atrapada en aquel armario que olía a polvo y a rapé donde la novia se limitaba a ser espectadora de sus fantasías. Una voz interior me recordaba que sólo somos esclavos de nuestras obras si elegimos serlo. No podía negar que sentía curiosidad por ver lo que pasaría a continuación. Igual que tú. No habrías seguido leyendo si no fuera así. Te aseguro que cuando lleguemos a la tierra de los samuráis, con sus bosques de pinos, sus hojas de colores y el suelo de madera que cruje al acercarse el jefe del clan, estarás desabrochándote los botones de tu blusa y bajando la mano hacia tu entrepierna. Así que te ruego que no me critiques por no haberme quedado en el armario hasta que se hubieran marchado. Sé que tendría que haberlo hecho, pero no lo hice. Y ya pagué el precio por mi curiosidad.

—Por favor, milord… —gritaba la chica—. Deme más… quiero más…

—Lo tendrás, zorra. Voy a follarte hasta el fondo.

Horrorizada e invadida por un ataque de celos, vi cómo James le besaba las nalgas y se pasaba la fusta

por los dedos, empapándola con el sudor de sus palmas.

—Estoy lista para usted, milord —dijo la chica.

Entonces se oyó una risa femenina, seguida de una voz invisible.

—A su señoría no le quedarán fuerzas para follarse a su novia si lo hace con nosotras dos.

¿Quién más estaba presenciando aquel espectáculo de lujuria y perdición?

—Cuidado con lo que dices, Sally —dijo la otra chica con voz jadeante—. Lord Carlton está dotado de sobra para complacernos a las dos y a su novia.

—¿Quién ha dicho que vaya a acostarme con la americana? —preguntó lord Carlton, frotando los muslos desnudos de la chica—. Esa mema debe de estar durmiendo, aunque quizá debería despertarla y que aprenda lo que se espera de mi esposa, ¿eh, Bridget?

«¡¿Cómo se atreve a hablar de mí de esa manera?!».

—¿Y quién la necesita? —replicó Bridget, riendo—. A mí puede azotarme todo lo que quiera —meneó su trasero y se separó los glúteos con las manos, exponiendo el agujero para el deleite visual de su señoría—. Y también puede entrar por mi puerta trasera…

No me podía creer lo que estaba oyendo. ¿James tenía intención de hacer lo mismo conmigo?

—Antes me tiene que penetrar a mí, milord —dijo la chica llamada Sally, a la que ya podía ver. Era alta y morena y llevaba un corsé escarlata con encajes blancos. Su vello púbico era negro como el azabache y relucía con su flujo vaginal mientras se sacaba un falo de goma de su interior. Yo conocía ese objeto por una novela, cuyo título no recuerdo, sobre las incursiones de una joven parisina en la práctica de la masturbación con esa especie de pene artificial al que se refería como «consolador». Al ver su

longitud y grosor no pude contener un gemido de excitación. ¿Podría rivalizar su señoría con semejante maravilla?

Estaba impaciente por averiguarlo.

Volví a ahogar un gemido cuando mi marido abrazó a las dos chicas, les apretó los pechos y les pellizcó los pezones erectos, arrancándoles gemidos de placer.

—Lord Penmore no exageraba al hablarme de vuestros talentos… —dijo.

Lord Penmore. La mención de su nombre me sobresaltó. Debería haberme imaginado, por el tono de sus cartas, que él estaba detrás de aquellas prácticas prohibidas. Era, además, un astuto hombre de negocios al que yo había oído en una ocasión detallarle a mi marido una infame operación comercial para expandir el imperio en Japón. En su momento no le presté mayor atención, y si bien lo menciono aquí para señalar la importancia que iba a tener en mi futuro viaje, aún no es el momento de explicar el papel que acabaría jugando en la aventura.

Lord Carlton introdujo sus dedos en la morena y los movió ligeramente para hacerla gemir. Yo también emití un gemido, deseando contraer el pubis y dejar que me recorriera un espasmo tras otro. Pero me obligué a resistir. No quería perderme ni un solo segundo de aquellos preliminares. Porque eso era lo que me convencí a mí misma de que era. Unos simples preparativos antes de que mi marido entrase en mi habitación, empapado de sudor, con su miembro erguido y preparado para una noche de pasión desenfrenada con su esposa. Sí, tal vez fuera una ingenua, como lo son la mayoría de las mujeres en su noche de bodas, pero el velo nupcial puede distorsionar la realidad y envolvernos en una nube de fantasía. De lo contrario, mi inocencia e ilusión habrían

sido arrasadas por una furia y una decepción inconcebibles.

—… aunque prefiero a una virgen para complacerme —concluyó su señoría.

—Yo he interpretado a una virgen en el escenario, milord —dijo la pelirroja, volviéndose y acariciándose su sexo. Se introdujo un dedo y empezó a masturbarse rápidamente.

Una sucesión de pequeños temblores me sacudió de arriba abajo. Nunca había visto semejante atrevimiento, aunque debo decir que mi mano había buscado el mismo lugar secreto en numerosas ocasiones. No finjas que no sabes de qué te estoy hablando, mi querida lectora. Lo sabes y punto. Continuemos.

—Prefiero pasar mi noche de bodas con vosotras, mis hermosas doncellas… —estaba diciendo lord Carlton, manteniendo la mirada en el pubis de la chica. Le metió varios dedos en el sexo y con la otra mano se desabrochó los pantalones.

Me quedé atónita al ver cómo asomaba su prominente erección. Había visto dibujos anatómicos del órgano masculino en los libros de lord Penmore, pero nada que se pareciera a aquel miembro enorme y enhiesto cuya punta brillante y carnosa apuntaba directamente al palpitante sexo de la chica. Estaba tan fascinada por su tamaño que me incliné involuntariamente hacia delante, sin preocuparme de las motas de polvo que me hacían cosquillas en la nariz. No podía dejar de mirar. La chica se tumbó en la mesa de madera y levantó la cabeza y los hombros para mirar con una sonrisa de expectación a lord Carlton. Él le levantó las piernas y le acarició sus medias negras, como si estuviera reverenciando sus esbeltas pantorrillas, antes de separarlas por completo y abrirle el sexo más de lo que habían hecho los delicados dedos de la chica.

Antes de que yo pudiera recuperar el aliento, lord Carlton introdujo su miembro hinchado y siguió un ritmo constante y suave mientras avanzaba entre las elásticas paredes vaginales. Yo me incorporé para aliviar de mi peso a mis piernas dormidas y me atreví a abrir un poco más la puerta del armario, mientras la chica rodeaba a mi marido con sus piernas y lo apretaba contra ella con una pasión delirante que yo me moría por experimentar. La pelirroja tenía los muslos en tensión y le golpeaba las nalgas con sus talones mientras mi marido profería un aluvión de órdenes y exclamaciones frenéticas y empujaba una y otra vez, aumentando el ritmo con cada embestida y…

Entonces estornudé.

Con fuerza.

El espasmo me arrojó fuera del armario y aterricé a los pies de mi marido.

Justo enfrente de sus nalgas desnudas.



2

Mi aparición no pudo ser más inesperada. Lord Carlton maldijo en voz alta y extrajo su miembro de la chica, que chilló de horror al tiempo que la morena dejaba caer el consolador. Nadie prestó atención al objeto de goma que caía en la alfombra a los pies de su señoría. Todos estaban demasiado ocupados mirándome a mí.

Me incorporé a medias y me sacudí el polvo frente al desconcertado trío, sin poder creerme que un simple estornudo me hubiera delatado. Me limpié la nariz con los dedos, y el olor de mi propio sexo me recordó que yo era igualmente culpable de buscar el placer. Aun así, me negaba a ser humillada por mi marido delante de aquellas dos furcias. Estaba decidida a comportarme como la señora de la casa y no como una libertina cualquiera.

Me puse en pie, con cuidado de evitar la verga de su señoría, empapada de flujo vaginal y que colgaba peligrosamente cerca de mis labios. Él no hizo el menor ademán de apartarse. El muy cerdo. Sentí cómo mi seguridad se hacía añicos al asumir mi nuevo papel de lady Carlton en semejantes circunstancias, pero, una vez más, mi descarada lengua dijo lo primero que se me vino a la cabeza sin pensar en las consecuencias.

—Estoy convencida de que puedes satisfacer a dos mujeres en una sola noche, esposo mío —dije, arrebujándome en el chal de seda—. Pero dudo que puedas hacerlo con tres, así que os dejaré tranquilos para que sigáis con vuestros juegos.

No sé cómo me atreví a hablarle de aquella manera. La única explicación es que soy una O'Roarke, orgullosa y obstinada. En mi familia nunca nos rendimos, pase lo que pase. Lo que no sabía era que James tenía pensado algo muy especial para su nueva esposa.

—Así que mi mujer tiene fuego en las venas… —comentó él con orgullo, bloqueándome la salida con su cuerpo alto y poderoso. Su fuerza masculina me mantenía cautiva con un poder que apenas podía resistir.

—Déjame pasar —le ordené, con la cabeza muy alta, intentando ignorar el hilillo de sudor que descendía por mi cuello hacia mis pechos. Mi marido no lo ignoró y siguió su curso con el dedo. Su roce bastaba para mantenerme inmóvil, hechizada.

—No —dijo él severamente—. Vas a quedarte aquí.

El pánico me invadió y me acució a escapar, pero su voz removía una mágica sensualidad que reposaba en lo más profundo de mi alma romántica. Cuando su mano me agarró el pecho no pude reprimir un fuerte gemido, a pesar de mi rechazo mental,

y mis rodillas amenazaron con ceder. Me maldije a mí misma por la debilidad que estaba mostrando ante él.

—Te demostraré que estás equivocada respecto a mis capacidades, milady —me dijo—. Es mi noche de bodas y voy a aprovecharla al máximo.

—No permitiré que vuelvas a tocarme delante de estas mujeres —declaré con todo el coraje y la dignidad que pude reunir—. Ni te consentiré que corrompas lo que debería ser un acto puro y divino entre marido y mujer —agarré un látigo de la mesa y lo arrojé contra la pared acolchada con la fuerza de un ángel vengador. El ruido del impacto fue ridículamente débil.

—¿Preferirías tal vez recibir el otro extremo de la fusta? —preguntó él, en un tono de curiosidad que me resultó irritante.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —grité, sintiendo cómo se apoderaba de mí un arrebato desconocido—. No soy una fulana callejera ni…

—Disculpe que la interrumpa, señora —dijo la pelirroja, claramente indignada—. Pero ni Sally ni yo somos fulanas callejeras. Ambas venimos recomendadas por el mejor burdel de York Street.

—Así es, milady —corroboró la morena—. Podemos recibir azotes durante toda la noche sin estropearnos el maquillaje. ¿No es cierto, milord?

—Me interesa más ver lo que hará lady Carlton cuando pruebe el sabor del látigo —dijo lord Carlton, entornando amenazadoramente la mirada—. ¿Pedirá más a gritos?

Respiré profundamente cuando mi marido agarró la fusta y pasó las puntas sobre mis pechos, estremeciéndome con la peligrosa tentación del cuero.

—¡Nunca lo sabrás! —exclamé, recibiendo un

penetrante olor cuando blandió la fusta bajo mi nariz. Se me vino a la cabeza el abrillantador de zapatos negros.

—¿No? —preguntó él. Arrojó la fusta a un lado y me agarró fuertemente por la cintura para empujarme contra la mesa. La áspera superficie de madera me arañó mis pies descalzos.

Estaba decidida a plantar batalla, pero fui inevitablemente superada en número cuando lord Carlton ordenó a las dos chicas que me sujetaran. Es patéticamente normal que una recién casada espere con miedo y confusión a que su impaciente marido consuma el matrimonio, pero aquello era demasiado. Dos rameras tirando de mis brazos y atándome por las muñecas a las argollas de hierro incrustadas en la madera, tensando de tal manera las cuerdas que apenas podía oír el crujido del cuero.

—No puedes hacer esto, James —grité, agitando la cabeza y tirando frenéticamente de mis ataduras para intentar soltarme, aunque sólo conseguí desollarme la piel—. Soy tu mujer, maldita sea. ¡Detente!

—Razón de más para explorar a fondo tu bonito cuerpo —dijo él, como si mis movimientos desesperados inflamaran aún más su deseo. Bajé la mirada y descubrí la razón. Mis brazos estaban estirados por encima de mi cabeza, obligándome a echar los hombros hacia atrás de manera que mis pechos despuntaban provocativamente a través del chal.

James se aprovechó de mi indefensión y me acarició el cuello y la cara, para luego deslizar las manos sobre mis pechos y mi vientre. Y yo quise morirme de vergüenza, porque, por mucho que detestara sus depravados juegos, no pude ignorar el incontenible calor que se propagaba por todo mi cuerpo desde mi entrepierna.

Antes de que me atreviera a respirar, él me rasgó

el chal por delante y expuso a su mirada lasciva mis pechos grandes y turgentes, que sobresalían por encima del corsé. Ahogué un gemido y luego apreté los dientes cuando empezó a masajearlos y a frotarlos el uno contra el otro. Me pellizcó los pezones y los acarició entre sus dedos. Yo protesté e intenté protegerme de su acoso, pero él se limitó a reírse y agarró la fusta para deslizarla sobre mis pechos desnudos y mis pezones endurecidos, provocándome un hormigueo excitante y escalofriante al mismo tiempo.

El recuerdo de aquella noche me estremece mientras escribo estas líneas. Me encontraba en la situación más embarazosa y aterradora que pudiera haberme imaginado. Estaba a punto de ser azotada por mi marido y no podía hacer nada por impedirlo. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar, mi querida lectora? Quizá te estés removiendo en tu butaca, lamiéndote impúdicamente los labios mientras te imaginas que es tu trasero desnudo el que recibe los azotes de la fusta. A mí también me habría resultado una idea extremadamente erótica y provocativa si hubiera sido con un hombre en quien confiara. Pero no era confianza ni seguridad lo que me inspiraba lord Carlton con sus bruscos modales y órdenes tajantes.

Podría haberme provocado un desmayo, como sin duda habrá hecho más de una para abstraerse de los manoseos de algún viejo rijoso. Pero no habría servido para detener a James, y de todos modos agradecí no llevar mi nuevo corsé-coraza, con sus cintas de seda tan fuertemente anudadas que apenas permitían respirar. Entonces sí que habría perdido el conocimiento y su señoría habría hecho conmigo todo lo que hubiera deseado y más.

Imagino tu impaciencia por olvidarnos del mal-

dito corsé y seguir con el escabroso relato, pero antes debo dejarte algo muy claro. Si no hubiera ideado un medio para liberarme de los sádicos juegos de su señoría, nunca habría ido a Japón y no tendría ninguna historia que contarte. Así que permíteme un momento para recuperar el aliento y no tengas prisa por llegar al final. No es fácil para mí escribir lo que pasó, y mucho menos cuando los recuerdos no son precisamente gratificantes.

Como ya he dicho, intentar abstraerme habría sido inútil. Y también imposible, porque James me atrapó un pezón con los dientes y lo mordió con la fuerza justa para hacerme gritar de placer, más que de dolor.

¿Serían igualmente deleitables los azotes de la fusta? ¿Qué otras maliciosas certidumbres llevaría a cabo mi marido para derribar mis exiguas defensas?

No tenía intención de averiguarlo. Por mucho que mi cuerpo me estuviera traicionando con un torrente de sensaciones prohibidas, ser azotada no era la idea que tenía del amor y el romanticismo conyugal. Muchas mujeres se habrían desmayado y luego habrían recurrido a los efectos catárticos del Seidlitz para purgar su semilla diabólica de sus cuerpos y purificar sus almas. Yo buscaba cualquier otra alternativa.

¿El divorcio?

Lo menciono aquí por si acaso se te ha pasado la idea por la cabeza, pero no era la opción más viable para una mujer en mi situación. Las leyes británicas sólo me permitían obtener el divorcio si demostraba que mi marido había perpetrado algún acto de crueldad sobre mi persona. Para ello las dos prostitutas tendrían que declarar como testigos, lo cual era del todo impensable, pues ninguna de ellas se atrevería a testificar contra su señoría en un juicio.

Él, en cambio, podía divorciarse de mí por un simple adulterio.

No, el divorcio no era la solución. Tenía que pensar en otra cosa. Pero ¿qué?

—Te ordeno que pares inmediatamente, James —dije, con una voz temblorosa que amenazaba con delatar mis sensaciones carnales. James me estaba acariciando suavemente entre los muslos, causando estragos en mi quebradiza voluntad—. Si no lo haces, gritaré pidiendo ayuda.

—¿Y quién crees que vendrá a socorrerte, milady? —preguntó él en tono burlón. Se inclinó hacia mí y percibí el olor a alcohol que impregnaba sus palabras—. La habitación está insonorizada, y los criados están acostumbrados a lo que pasa aquí dentro.

Decidí ignorar su comentario.

—Supongo que es el mejor coñac de lord Penmore a lo que huele tu aliento.

Él se echó a reír por mi descaro.

—Y ésta es su fusta favorita —describió un arco en el aire con el instrumento de cuero. Tenía el rostro empapado de sudor, con su pelo oscuro pegado a la frente y las mejillas—. Antes de llevarte a la cama, voy a usarla para estimular un poco tus bonitos pechos.

—Suéltame, James —le exigí. Cada vez me sentía más excitada por la fusta, pero no iba a permitirle que me dominase a su antojo.

—¿Y acabar con nuestro jueguecito? Nada de eso, mi querida esposa. Voy a disfrutar mucho viendo cómo te retuerces…

El silbido de la fusta cortando el aire me congeló la sangre. El cuero impactó en la mesa con tanta fuerza que una lluvia de astillas cayó sobre mis pechos desnudos, haciéndome dar un respingo al agui-

jonear mi piel. Al ver mi reacción, James se echó a reír y volvió a levantar el brazo, apuntando a mis pezones, duros, erguidos y temblorosos.

—Esta vez no fallaré —dijo.

—¡No te atrevas a hacerlo! —grité, respirando con dificultad. No sería capaz de marcarme la piel y luego arrebatarme la virginidad con la misma frialdad y audacia… ¿o sí?—. Si lo haces, te juro que me desmayaré…

Sí, eso fue lo que dije. Después de criticar las tonterías que hacen las damas para alejarse de lo indeseable y lo indecoroso, yo misma había recurrido a la excusa más patética posible. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Me había casado con un hombre carente de honorabilidad y decoro.

—Vaya, milady… —dijo él con una sonrisa desdeñosa—. Deberías recibir unos azotes para que tu sexo se ponga a punto, pero no me gustaría que mi novia se desmayara antes de que pueda probar mi polla.

—Ya era hora de que entrases en razón —murmuré yo, aliviada—. Y de que pongas fin a este juego desquiciado.

—¿Quién ha dicho que el juego haya acabado? —dejó la fusta y me concedió unos segundos para tomar aire antes de deslizar la mano sobre mi vientre y el pubis. Empezó a frotarme con una sensualidad tan exquisita que no pude contener un gemido—. Soy un hombre que codicia los privilegios que confiere el matrimonio, como muy pronto vas a descubrir —agarró mi monte de Venus y apretó con fuerza para arrancar los botones de mi pantalón e introducir los dedos, buscando la prueba de mi virginidad intacta, esa membrana mucosa que aún no había sido traspasada por la verga de un hombre.

Ciertamente, ningún hombre me había tocado

hasta ese momento, pero ¿y si mis vigorosos paseos a lomos de un caballo habían destrozado el himen? Muchas de mis lectoras les habrán jurado a sus maridos que el único culpable de que no encontraran ningún obstáculo al placer carnal en su noche de bodas fue el ejercicio físico. Pero ¿quién fue realmente en tu caso, mi querida lectora? ¿Un apuesto y joven lord sin una renta anual? ¿Un mozo de cuadras con un cuerpo recio y musculoso? ¿Un caballero foráneo con un acento encantador? No te estoy criticando en absoluto. Fuera quien quiera, seguro que eras joven y estabas enamorada. Desde aquella noche he aprendido muchas cosas, como el incontrolable poder de la atracción física, el imperioso deseo por tocar, oler, probar y ser penetrada por el ser amado, la incapacidad para dejar de pensar en él, el arrobamiento de los sentidos cuando sus dedos te acarician la mejilla o rozan tus labios.

Pero en aquel momento aún era virgen y no conocía el tacto íntimo de un hombre. Ésa es la verdad y no tendría ningún sentido mentirte, aunque también es cierto que rezaba porque mi himen estuviera intacto. Una idea descabellada para preservar mi virtud y mi orgullo se estaba formando en mi cabeza, pero sin una prueba de mi pureza virginal no tendría nada con qué negociar. Su señoría había contraído matrimonio con una supuesta virgen, y su ira podía ser terrible si descubría lo contrario.

—Suéltame, James. Ahora —le ordené con más firmeza que antes—. O te juro que lo lamentarás —luché por liberarme de las correas de cuero que me ataban a la mesa, girando mi cuerpo de lado a lado mientras las prostitutas me sujetaban por los tobillos y me mantenían las piernas separadas sin dejar de escupirme obscenidades.

—No te muevas —ordenó él, sin prestar la me-